

*Siguiendo a Bauman:
emociones y lenguaje líquidos en la era digital*

Alejandro Parini

Academia Argentina de Letras

Zygmunt Bauman, sociólogo y filósofo polaco, nació el 19 de noviembre 1925 en Poznan, Polonia y falleció en 9 de enero de 2017 en Leeds, Inglaterra. Fue una de las figuras más influyentes del pensamiento social contemporáneo. De origen judío, huyó del nazismo, combatió en la Segunda Guerra Mundial y, tras exiliarse de Polonia en 1968, desarrolló gran parte de su carrera académica en la Universidad de Leeds. Su obra alcanzó reconocimiento mundial a partir de la formulación del concepto de modernidad líquida (Bauman, 2002), metáfora con la que describió la fragilidad de los vínculos humanos y la creciente inestabilidad de las estructuras sociales en el mundo contemporáneo.

Mi interés por la obra de Zygmunt Bauman comenzó hace aproximadamente 12 años, cuando inicié la exploración sistemática de la comunicación digital desde una perspectiva discursiva. En ese proceso, sus reflexiones sobre la modernidad líquida y la fragilidad de los vínculos sociales adquirieron para mí una resonancia particular, pues ofrecían un marco sugerente para pensar la inestabilidad, la aceleración y la exposición permanente que caracterizan a los intercambios en entornos digitales. La lectura de Bauman no fue entonces un punto de partida teórico abstracto, sino una herramienta conceptual que me permitió formular preguntas más precisas sobre el lenguaje, la subjetividad y la construcción de sentido en la sociedad tecnologizada.

Este ensayo no pretende constituir un análisis filosófico o sociológico de su pensamiento, sino una observación situada: la de un lingüista que contempla el mundo que lo rodea y se formula preguntas que rara vez encuentran respuestas definitivas. Sin embargo, formularlas es ya una forma de asumir responsabilidad crítica. Me interesa, en particular, comprender cómo los hablantes construyen significado social y cómo navegan este mundo líquido en el que se hallan inmersos: un mundo donde la fluidez no solo es tolerada, sino esperada y, por lo tanto, gestionada.

Conviene aclarar que la perspectiva adoptada en estas páginas no pretende ser normativa ni nostálgica. No se trata de formular un juicio moral sobre la tecnología o sobre las transformaciones contemporáneas, sino de ofrecer una mirada analítica y descriptiva que nos permita comprender mejor cómo se entrelazan nuestras relaciones humanas y nuestras prácticas lingüísticas en una sociedad crecientemente emocionalizada y tecnologizada. El propósito no es condenar la fluidez, sino examinar sus efectos en la construcción de sentido y en la configuración de los vínculos.

En efecto, al proponer la noción de “modernidad líquida”, Bauman ofreció una poderosa imagen para pensar un tiempo en constante transformación, en el que las estructuras sólidas —identidades, relaciones, valores— han cedido ante formas más flexibles, pero también más inestables. Desde esta perspectiva, resulta pertinente explorar cómo esa liquidez se ha extendido a dos dimensiones profundamente humanas: las emociones y el lenguaje. Ambas forman parte del entramado simbólico mediante el cual articulamos vínculos y sentido; y ambas, especialmente en el contexto de la vida digital, parecen haber adoptado formas cada vez más móviles, transitorias y contingentes.

La metáfora de lo líquido implica la imposibilidad de mantener una forma fija. En la modernidad líquida, ya no se privilegia la permanencia, sino la adaptabilidad. Las instituciones se flexibilizan, las relaciones se tornan efímeras y las identidades se multiplican. Vivimos en un tiempo en el que nada parece estar hecho para durar y donde el individuo, lejos de permanecer anclado, se desliza por superficies inestables, compuestas de vínculos reversibles, compromisos frágiles y experiencias fragmentadas. Este escenario resulta particularmente fértil para examinar cómo las emociones y el lenguaje han sido también arrastrados por esta corriente de fluidez.

En *Amor líquido*, Bauman (2005) sostiene que las relaciones afectivas han adoptado la lógica del consumo: se inician con facilidad, se abandonan con rapidez y rara vez suponen compromisos profundos. Aplicaciones como Tinder o Bumble materializan esta dinámica al ofrecer acceso permanente a potenciales vínculos románticos, favoreciendo lo que podría describirse como una emocionalidad de rápida activación y descarte. En un trabajo anterior propuse la noción de accesibilidad afectiva para dar cuenta de este fenómeno: la posibilidad estructural (*affordances*) que brindan los entornos digitales de expresar, compartir y gestionar emociones de manera inmediata y ubicua, y a escala global. La accesibilidad afectiva constituye una dimensión central de la participación digital, ya que pone el foco en la

circulación social de las emociones y en su reconocimiento en contextos comunicativos heterogéneos. Poder expresar, compartir y gestionar emociones se convierte así en una forma de inclusión simbólica y de igualdad relacional en los entornos contemporáneos.

En el marco de una sociedad caracterizada por la retroalimentación constante, la visibilidad permanente y la acelerada circulación de contenidos, las emociones se transforman en un recurso privilegiado para la conexión social y la construcción de comunidad. Sin embargo, esta construcción de comunidad no siempre implica la formación de vínculos duraderos. En muchos casos, se trata más bien de lo que Zygmunt Bauman denomina “comunidades de guardarropas” (*cloakroom communities*): agrupaciones efímeras que se constituyen en torno a eventos comunicativos puntuales —un post, un hilo, una transmisión en vivo— para compartir y amplificar emociones, pero que se disuelven rápidamente una vez que ese evento pierde centralidad.

Así, ya sea al marcar un “me gusta” en Instagram, comentar un video en YouTube o escribir una reseña en Amazon, este acceso expandido a la emocionalidad —esa accesibilidad afectiva— permite comprender cómo las emociones circulan, se interpretan y producen vínculos en escenarios deslocalizados y no presenciales.

En este sentido, la accesibilidad afectiva puede definirse como la capacidad de los entornos digitales para garantizar que las expresiones emocionales sean percibidas, interpretadas y compartidas por audiencias diversas, promoviendo el reconocimiento mutuo y la construcción de presencia social en interacciones mediadas tecnológicamente. Precisamente porque estas plataformas amplifican la visibilidad y circulación de las emociones, resulta necesario ampliar también el marco analítico desde el cual las abordamos.

En consecuencia, y como propongo en otro trabajo (Parini y Yus, en prensa), las emociones deben estudiarse no solo como actos comunicativos intencionales —estratégicamente desplegados para informar, persuadir o generar alineamiento—, sino también como manifestaciones no intencionales del afecto que exceden la intención comunicativa. Con frecuencia, los efectos emocionales se filtran o desprenden del discurso: son inferidos, proyectados o intensificados de maneras no plenamente previstas por el hablante original. En entornos digitalmente interconectados, esta filtración se vuelve particularmente evidente, ya que las potencialidades (*affordances*) de la interfaz y los circuitos de retroalimentación de la audiencia pueden amplificar la resonancia emocional con

independencia de la intención inicial. Es precisamente esta amplificación —esta circulación expandida y parcialmente autónoma de lo afectivo— la que redefine las condiciones contemporáneas del vínculo.

En este ecosistema afectivo, marcado por la accesibilidad inmediata y la aceleración de la respuesta emocional, el afecto o el amor, por ejemplo, adquieren rasgos transaccionales condicionados por la lógica de la satisfacción instantánea: aquello que no gratifica con rapidez tiende a descartarse. La cultura del “me gusta” no solo reconfigura las dinámicas vinculares, sino también el modo mismo de sentir. Las emociones se condensan en emojis, reacciones breves y mensajes mínimos. Un sentimiento que tradicionalmente requería tiempo y elaboración puede representarse hoy con un “☐☐” o un “☐”, signos funcionales a una cultura de la velocidad que privilegia la visualidad y la inmediatez por sobre la elaboración reflexiva. Cabe entonces preguntarse si se trata realmente de sentimientos profundos o más bien de emociones episódicas —estallidos afectivos de corta duración y alta volatilidad— que cambian de polaridad con rapidez: hoy se ama, mañana ya no; o, para usar un lenguaje más en sintonía con el habla actual, hoy algo es muy copado y mañana ya deja de serlo.

La gratificación inmediata explica también la inestabilidad de las relaciones: si algo no genera placer rápido, se abandona. Las experiencias emocionales se fragmentan en episodios —una cita, una charla, una historia—, todas micro-organizadas desde la interfaz del celular. La vida sentimental, como las historias de Instagram, se mide en lapsos de 24 horas. Sin embargo, esta hiperconectividad no garantiza intimidad. Nunca hemos estado más conectados y, sin embargo, más solos, argumentan algunos teóricos.

Bauman alertaba sobre esta paradoja: la tecnología, lejos de acercarnos, muchas veces amplifica la distancia. Lo que debería unir, simplemente entretiene. La conexión reemplaza al encuentro. La presencia permanente de las redes no asegura una presencia emocional. Es precisamente en este contexto donde emerge la ansiedad como experiencia característica de la interacción digital contemporánea. No son los medios digitales en sí mismos los que generan ansiedad, sino las ideologías sociales que orientan su uso y las expectativas culturales que las sostienen. Pensemos en la mensajería “instantánea”: ¿qué significa exactamente instantáneo? ¿Cinco minutos? ¿Veinte? ¿Una hora? La expectativa social de respuesta inmediata instala una temporalidad acelerada que convierte el silencio en amenaza interpretativa y refuerza esa lógica de satisfacción rápida que vuelve frágiles los vínculos y episódicas las emociones.

Del mismo modo que las emociones, el lenguaje también se ha vuelto líquido. En las redes sociales, las palabras nacen y mueren con la velocidad de una tendencia del momento o *trending topic*. Expresiones como *cringe*, *random* irrumpen como neologismos virales y se desvanecen con la misma rapidez. Vivimos en la era del texto breve, donde la economía del lenguaje, impuesta por plataformas como Twitter (X), TikTok o Instagram, privilegia la brevedad, la inmediatez y la viralidad. La plataformización de la comunicación fomenta lo corto, lo directo y lo reactivo: los hilos, los *reels* y los posts buscan generar impacto más que profundidad. En este panorama, el lenguaje pierde densidad simbólica y se convierte en una herramienta de efecto momentáneo. En este mismo marco puede hablarse de una “sociedad del gerundio”: nada se confirma definitivamente; siempre “lo vamos viendo, hablando, estudiando, etc.’. Las relaciones no son: están siendo. La gramática misma de nuestra experiencia cotidiana expresa provisionalidad y continuidad sin cierre, reflejando esa liquidez que atraviesa tanto nuestras palabras como nuestros vínculos.

Las identidades lingüísticas también se han fragmentado. El lenguaje usado en LinkedIn no es el mismo que en WhatsApp o en Instagram. Esta adaptabilidad es otra forma de liquidez: el hablante no es uno solo, sino muchos, según la audiencia y el contexto digital. A esta fragmentación se suma el predominio del lenguaje visual. La palabra cede su lugar a la imagen. La *selfie* se convierte en una forma de autoafirmación estética y emocional: una declaración simbólica del “yo estoy aquí”. En este mundo donde el individuo es su propio proyecto, la *selfie* se vuelve central: no es solo imagen, sino una actuación del yo. Como señalaba Bauman, el sujeto líquido se construye a sí mismo de manera constante. Publicar una *selfie* es demandar respuesta y validación emocional.

Las historias de Instagram funcionan como cápsulas narrativas que condensan microrrelatos del yo. En este entorno, la imagen no acompaña al texto: lo reemplaza. La emoción ya no se explica, se muestra y, sobre todo, se difunde. Estas prácticas pueden entenderse como una forma de acicalamiento social, un tipo de conducta que ha desempeñado históricamente un papel fundamental en el mantenimiento de la cohesión grupal a lo largo de la evolución humana, como señala el antropólogo Robin Dunbar (1996).

El sentido también se ha vuelto inestable. En un mundo de sobrecarga informativa, posverdad y noticias falsa, el discurso se relativiza y el valor del conocimiento se diluye. El

lenguaje ya no es anclaje, sino una superficie movediza donde los significados flotan sin centro. Un ejemplo elocuente de esta liquidez lingüística es la palabra “amigo”. En la sociedad líquida, la amistad adopta múltiples formas: el amigo de toda la vida, cada vez más escaso; el mejor amigo, cuya exclusividad es negociable; el amigo con beneficios, que fluye entre lo afectivo y lo sexual; el amigovio, categoría intermedia entre pareja y amigo; el amigo tóxico, figura negativa pero recurrente; el amigo ocasional, con quien se comparte un momento sin implicancia futura; el amigo de Facebook, esa presencia latente, cuyas comillas denuncian su falta de anclaje real; el “mejor amigo para siempre” (o conocido por su frase en inglés *best friend forever* o *BFF*), en el que el “para siempre” puede significar solo unos pocos meses.

Incluso el uso del vocativo “amigo” —“¡Gracias, Amigo!”— se ha expandido como estrategia de cercanía o de atención, incluso en contextos donde no existe un vínculo real y profundo. El lenguaje líquido construye vínculos líquidos y viceversa: se nombra para pertenecer, aunque esa pertenencia sea efímera. Lo mismo sucede con el término comunidad. Lejos del sentido propuesto por Ferdinand Tönnies (2001), que implicaba conocimiento mutuo y proyecto colectivo, hoy se aplica, por ejemplo, a cualquier conjunto de personas. Así, una empresa telefónica convierte a sus clientes en “la Comunidad Claro”, aunque estos no compartan otra cosa que el mismo proveedor de servicio de telefonía móvil.

La tecnología también ha promovido una micro-organización líquida de la vida cotidiana. Reuniones, encuentros y citas se gestionan desde el celular, y con la misma facilidad con la que se organizan, se cancelan. Un mensaje basta para anular un compromiso. Todo es provisional, revocable, sujeto a última revisión. La liquidez no solo es emocional o lingüística: también es pragmática.

Cabe señalar, además, que, al fenómeno de la mediatización de las emociones, se suma el fenómeno de la emocionalización de los medios. Las plataformas no solo permiten expresar emociones: las moldean, amplifican, seleccionan y ayudan a gestionarlas. El algoritmo recompensa lo emocional: la indignación, la ternura, el asombro. Así, no solo comunicamos lo que sentimos, sino que aprendemos qué sentir. La emoción se convierte en contenido, y ese contenido se monetiza simbólicamente o incluso económicamente.

El mundo líquido que describe Bauman no es simplemente un diagnóstico pesimista. Es una invitación a reflexionar sobre nuestra forma de habitar el tiempo, el lenguaje y los vínculos, especialmente en la era digital. La tecnología no siempre impone nuevas prácticas comunicativas, sino que en muchos casos reconfigura prácticas ya existentes. Por ejemplo, el flirteo y la búsqueda romántica de un otro han existido siempre. La diferencia radica en que esa búsqueda, que antes se fisicalizaba y requería movilidad por parte del interesado, hoy puede iniciarse desde un dispositivo y sin necesidad de invertir tiempo en desplazamientos, al menos en una primera instancia. Es decir, la plataforma o aplicación presenta un catálogo de potenciales vínculos. Sin embargo, ese “catálogo” no es completamente nuevo: también existía, por ejemplo, en un baile, donde el interesado observaba, elegía y decidía, a través del descarte, con quién entablar algún tipo de relación. La diferencia es que ahora la aplicación, asistida por tecnologías como el GPS, no solo organiza ese repertorio de opciones, sino que indica la proximidad del posible interés romántico y permite aceptar o descartar de manera inmediata, sin desplazamiento físico, sin inversión significativa de tiempo y con un mínimo compromiso emocional. A esta reconfiguración se suma una función novedosa: la intervención del algoritmo, que actúa como curador de potenciales vínculos románticos al jerarquizar, filtrar y sugerir perfiles en función de diversos criterios. Como vemos, esta práctica social se ha reconfigurado, pero no es nueva.

En medio de la velocidad, la fragmentación y la superficialidad que atraviesan nuestras prácticas comunicativas contemporáneas persiste —no sin tensión— el deseo de sentido, de estabilidad y de intimidad. Sin embargo, ese anhelo convive con estructuras tecnológicas, culturales y económicas que nos empujan en dirección contraria: hacia la aceleración, la exposición permanente, la gratificación inmediata y la reversibilidad constante de los vínculos. Como lingüista, no puedo evitar formular una serie de interrogantes que atraviesan este ensayo: ¿cómo se construye significado en un mundo donde todo cambia con tal rapidez?, ¿cuál es la durabilidad de ese significado?, ¿qué papel y qué valor conserva la palabra en una cultura donde la imagen parece imponerse?, ¿qué espacio queda para la intimidad cuando la emoción se convierte en contenido cuantificable y monetizable?

No tengo respuestas definitivas. Pero, como señalaba Bauman, formular las preguntas correctas constituye ya una forma de resistencia, es decir, un gesto crítico frente a la naturalización de la fluidez. Insistir en nombrar lo que se disuelve —las emociones episódicas, los lenguajes abreviados, las identidades cuantificadas, los vínculos reversibles—

es también un intento de comprenderlo. Tal vez en esa insistencia, en ese esfuerzo por analizar cómo se mediatizan nuestras emociones y cómo se emocionalizan nuestros medios de comunicación, encontremos una forma de anclaje, aunque sea provisional.

En definitiva, las nuevas tecnologías sociales no crean desde cero la lógica líquida, pero la intensifican y la hacen visible al promover formas de experiencia afectiva fragmentarias, modos de expresión condensados, subjetividades evaluadas por métricas y relaciones siempre abiertas a revisión o cancelación. No se trata de condenar esta transformación, sino de comprenderla en toda su complejidad. Solo desde esa comprensión crítica podremos aspirar a habitar con mayor conciencia esta liquidez que ya no parece transitoria, sino constitutiva de nuestra condición contemporánea.

Referencias

- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Dunbar, R. (1996). *Grooming, gossip, and the evolution of language*. Harvard University Press.
- Parini, A. y Yus, F. (en prensa). *The Discourse of Digitised Emotions*. Routledge.
- Tönnies, F. (2001). *Community and civil society* (J. Harris, Ed.; J. Harris & M. Hollis, Trads.). Cambridge University Press. (Trabajo original publicado en 1887)
-